

to (de transición) de los llamados «jóvenes demócratas», dentro del ejército; de graduaciones bajas, en su mayor parte capitanes, que preferirían que el ejército quedase fuera de la política y no pudiera ser considerado responsable de la crisis económica y política que no se resuelve y del desprestigio de la nación en las organizaciones internacionales europeas. La fuerza que pueda tener este grupo, que a veces se compara al de los «jóvenes turcos» de los que salieron Kemal Atatürk e Ismet Inonu contra la corrupción tiránica del sultán Abdul Hamid, es una incógnita. Pero se cree que altos jefes del ejército pueden compartir sus ideas.

Andrústopulos, el primer ministro civil, es considerado como un hombre de paja, colocado por los americanos, a los que procura servir desde su puesto. El gobierno real lo ejer-

cerían los dieciocho militares del gabinete, pero sin verdadera unidad entre sí.

En cuanto a Papadopulos, es una incógnita. Se dice que vive en una casa a orillas del mar rodeado de una guardia de ochenta hombres que se le ha permitido escoger personalmente. Según algunos rumores, él mismo estaba de acuerdo con el golpe que le derribó, que no hubiese sido en ese caso más que un simulacro. Pero también se dice que conspira para regresar al poder, culpar a Ioannides y a los duros de las represiones de noviembre y reemprender el camino de la «democracia» que había iniciado.

La falta de medidas que indiquen un cambio en cualquier sentido y la persistencia —agravada— de la inflación, el desempleo y la escasez aumentan, por su parte, el descontento en la población.



La Capilla Sixtina

EL ETERNO RETORNO

Lo he dicho y repetido en pasadas ocasiones. Estamos viviendo un retorno a la posguerra mundial, ese eterno retorno a una eterna posguerra que visita a la Humanidad cuando está saliendo de la posguerra. Todo lo que está pasando en Latinoamérica tiene sabor años cuarenta, y lo que está pasando en Europa tiene sabor de la posguerra anterior. Lo importante es vivir las posguerras con pasión, como vivían el cuplé las grandes mandonas del "music hall" de entre-guerras.

Europa no tiene garantías sobre las fuentes de materias primas, al igual que la Alemania de los años veinte y treinta.

Europa no tiene mercados suficientes para su superproducción.

Europa está abocada a un vacío de poder imposibilitado de establecer un pacto social en una época de recesión como la presumible.

En Europa se está creando la imagen de un "enemigo" blando y unificador para compensar la impotencia frente a un enemigo duro y fragmentador: se trata del peligro árabe, como ayer Alemania se inventó el peligro judío.

Por todo ello, propongo que urgentemente se incorporen nuevas medidas educativas a los planes de enseñanza en ejercicio.

Por ejemplo, no les sobraría a los niños europeos actuales el que se les adiestrara en desfilarse al paso de la oca o en concentrarse en Nürenberg a los acordes de la marcha de Tannhäuser. Otro conocimiento que agradecerán el día de mañana es cómo organizar campos de concentración en un tiempo record y con un gasto mínimo de mantenimiento. Una parte importante de niños podían ser educados para la clandestinidad en su doble aspecto: cómo organizar la resistencia y cómo organizar la supervivencia en los campos de concentración. De alguna manera sería imprescindible que la ascensión de la reacción ultra en Europa no pillara a los europeos desprevenidos, que ya es mal demasiado repetido el de la improvisación histórica.

Como, gracias a Charles Martel, recientemente resucitado, un servidor no ha nacido en el Merca-

do Común, pertenezco a la reserva lírica del mundo y, en justa correspondencia, a ese alemán que ha compuesto "¡Que viva España!", yo me propongo escribir un himno a la Europa del inmediato futuro construida a la medida del pánico o las insuiciencias de un Pompidou o un Mr. Heath. Es la nuestra una tierra de himnólogos, y considero que estoy en condiciones de no hacer el ridículo.

Pero por si acaso he consultado con Juan León Cisneros Hinojosa y Andrade-Tusaus, himnólogo de profesión. Me ha dicho que lo importante para construir la letra de un buen himno es tener la idea central muy clara.

—El mensaje. Venga el mensaje. ¿Qué mensaje quiere usted transmitir?

—Yo quisiera decir: Europa, no te apures que ya vendrá el verano. Pero en lenguaje épico.

Cisneros Hinojosa ha pensado con mucha concentración.

—Ya está. A ver qué le parece. Yo le convierto su idea central en estribillo y usted pone todo lo demás.

—A ver qué sale.

Cisneros Hinojosa ha puesto cara de asistente a magna concentración y ha cantado con una música solemne.

Europa, tu invierno es africano, pero vendrá un verano ultramontano.

Mi cara de escepticismo no le ha gustado.

—Es sugerente, ¿no?

—No. Yo creo que eso no hay quien lo cante.

—Bueno. Ahí va otro:

Europa, doncella discapacada, ya llegará la hora de la estocada.

Yo ya estaba mosca y le he preguntado qué himnos había redactado hasta la fecha.

—Quinientos treinta y tres himnos de tema nacional, y dos de ellos, a lo divino, dedicados a la Virgen del Andurrial y a San Tarsicio.

He salido de la consulta con el estribillo resuelto, pero por mí mismo:

Europa, tu reserva moral no te [abandona.

SIXTO CAMARA